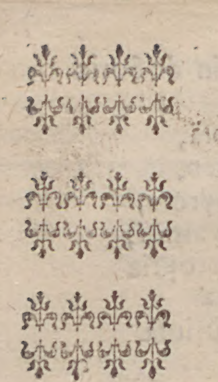
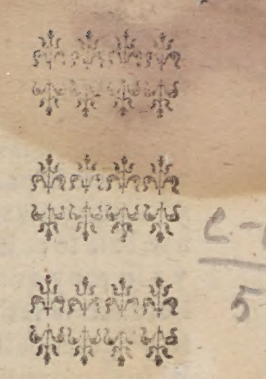




NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE prosiguen los amorosos sucessos de Doña Maria Leonarda, y Don Diego de Peñalosa, el qual le diò muerte à su contrario Don Martin en el Monte, yendo à buscar à su amada prenda, à la qual hallò, y llevò en casa de sus Padres, y se casó con ella, como lo verá el discreto Lector.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe, como en el monte,
entre ansias, y congoxas,
amarrada en aquel arbol,
quedò aquella hermosa Rosa,
y su Padre la buscaba
todo lleno de zozobras,
y no pudiendo encontrarla,
à sì mismo se desdora,
reconociendo su yerro,
y à vezes un puñal toma
para quitarse la vida,
sin tener misericordia
de sì mismo, pues ha usado
una accion tan rigorosa,
pero le detiene el brazo
la passion tan amorosa
de su hija, que la siente
mas que à su misma persona,
y vivo puede buscarla,
lo que muerto no era cosa.
Estando en estos conceptos,
los candores de la Aurora
venia señoreando,
rociando las alfombras
floridas para que Apolo
batiesse con su Carroza
las funestas lobreguezes
de la noche tenebrosa.
Y assi que amaneciò el dia,
de nuevo à buscarla torna;

pero

pero no la pudo hallar,
por mas que con cuydadosas
diligencias registraba
las mas ocultas alcobas,
y perdida la paciencia,
y las esperanzas todas,
à su casa se volviò,
y á su muy querida esposa
llorando le refiriò
su desgracia lastimosa,
la qual anegada en llanto,
fueron tantas las congoxas,
las angustias, y fatigas
de aquella noble Señora,
que no hay lenguas, que las diga,
pues confunden las memorias,
y sin detenerse un punto,
convocan luego à la hora
veinte hombres, que la busquen
con promptitud presurosa,
con ellos và Don Martin
por cabo de aquella escolta,
Don Juan de Lara llorando
su perdida tan notoria.
Pero assi como salieron,
Doña Maria su esposa,
para escribirle à Don Diego
tomò discreta una hoja
de un llano, y terso papel,
y de esta suerte lo nota:
Sabrà usted muy Señor mio
Don Diego de Peñalosa,
como en mi casa sucede
la desgracia mas penosa,
que se ha oìdo, ni se ha visto
en quanto el Orbe corona.
Y fue el caso sucedido,
que ayer Don Martin de Soria
à mi marido pidiòle
à mi hija por su esposa,
y sin saber su dictamen,
se la ofreciò, y ella ayrosa,
por reservar vuestro amor,
y vuestra voluntad propria
contradixo la palabra
de su Padre, y con furiosa
ossadìa la llevò
à unos montes, y con sogas
amarrada la dexò
por una amenaza sola.
Y quando volviò à buscarla,
no la hallò (terrible cosa !)
ya discurro, que sin duda
fieras del monte aulladoras
le havràn quitado la vida,
V. merced la socorra,
y de su parte procure
buscarla, pues que le toca.
Ya no puedo escribir mas,
porque las letras se borran
con el agua de mis ojos,
por estar tan pesarosa.
Con esto cerrò el papel,
y à Don Diego se lo porta,
el qual, haviendo leìdo
lo que las letras mencionan,
dixo con grande dolor:
Ya se acabaron mis glorias,
ya no he menester mas galas,
ya mis riquezas me sobran,
no sea yo desde oy
Don Diego de Peñalosa,
si como mi amada prenda
no parezca primorosa,

quan-

quantos fueren causa de ello
han de morir en deshonra,
y Don Martin el primero,
para que el mundo conozca
de un fino amante el valor,
que justa venganza toma.
Esto dixo valeroso,
y mudandose de ropa,
toma un trabuco, y un frasco,
y tambien quatro pistolas,
y con grande sentimiento
dixo: A Dios, Madre, y Señora,
à Dios hermanos, y hermanas,
à Dios mis doncellas todas,
á Dios parientes, y amigos,
à Dios Reyna poderosa,
Virgen Santa del Pilàr,
Avogada, Protectora
de todos los pecadores,
que afligidos os invocan,
en vuestro nombre fiado
oy salgo de Zaragoza,
y he de conseguir mi empressa,
siendo Vos mi valedora.
Y entrandose por los montes,
en la espesura se engolfa,
registrando sus malezas,
y à poco trecho se topa
con Don Martin, y al instante
le disparò una pistola
con dos encendidas balas,
le entrò el tiro por la boca,
y alli se lo dexò muerto
sobre las verdes alfombras,
sin ser oìdo, ni visto
de ninguno de su tropa.
En esta sazon serian
de la tarde las seis horas,
y el Sol iba retirando
al Occidente su antorcha,
y de la noche venia
el pavellon de Larona,
y la que en el primer movil
se dexa vèr en tres formas,
oyò unas suaves vozes
tan sentidas, y quexosas,
tan tristes, y delicadas,
que el corazon le aprisionan,
que decian: Virgen Pura
del Pilar de Zaragoza,
pues sois Madre de afligidos,
de tristes consoladora,
amparadme, Madre mia,
en esta ultima hora,
y alcanza de vuestro Hijo
para mi alma la Gloria.
Sobresaltado, y confuso,
y con prissa muy zelosa
fue por los ècos llegando
donde estaba esta Señora
toda anegada en suspiros,
quaxada toda la ropa
de las perlas, que sus ojos
derramaban bulliciosas,
y llegandose bien cerca,
le dice: Blanca Paloma,
tèn animo, dueño mio,
que mi fortuna dichosa
à tus plantas me ha traìdo
para aliviar tus congoxas,
entonces volviò los ojos,
y dixo muy animosa:
ò es ilusion lo que miro,
ò Don Diego se me antoja:

No

No es ilusion, le responde,
mi bien, mi vida, y mi gloria,
que estoy sintiendo tus males,
y soy el que mas te adora,
y cortandole las cuerdas,
que oprimian su persona,
la fue sacando en sus brazos
de aquella espesura tosca,
hasta que llegó à una Quinta,
donde su caballo toma,
y con su prenda querida
entrò alegre en Zaragoza;
y á la casa de sus Padres
la llevò con mucha honra,
à tiempo que ya venian
Don Juan de Lara, y su tropa,
y à Don Martin traìan muerto,
que en el monte se lo topan,
sin saber quien lo matò,
ni de ello huviesse memorias;
y à Don Diego le abrazaron
con gran bizarria, y pompa,
y de todos à una voz
victores, y aplausos logra,
y al cabo de pocos dias
se celebraron las bodas,
donde viven muy gustosos
Don Diego, y su prenda hermosa,
dandole gracias à Dios,
y à la Reyna poderosa,
que es la Purissima Virgen
del Pilar de Zaragoza.
Y ahora Joseph Francisco,
dandole fin à esta historia,
concluye la Relacion
physica, nueva, y curiosa.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Juan de Medina, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà de todo surtimiento.